

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS

COMPAÑERITO



LAS PALMAS
1965

LUIS Y AGUSTIN MILLARES CUBAS

COMPAÑERITO



LAS PALMAS
1965

Tipografía Lezcano
Depósito Legal, G.C., 660—1964

COMPañERITO

Sala de *recreación* del Hospital de San Juan de Dios, hospital de provincias en que se juega a la beneficencia. Pocos recursos, higiene primitiva, medicinas a cucharadas por horas. La verdadera cura que se hace es la cura de almas por oraciones, también por horas, como las medicinas. Alma rebelde se abandona y se la desprecia, adelantándose al juicio final. Todo hecho con la mejor buena fe, con tan candorosa ceguera que dan ganas de dar la mano a aquellas buenas señoras para que no tropiecen en la escalera de los cielos. Mucho blanco en las paredes, en las cortinillas; mucho lustre en el suelo; ni un grano de polvo en los muebles; flores de trapo; cromos de milagros. En sitio preferente, un retrato al crayón, del señor Obispo. El edificio da la impresión del limbo. Todo es infantil, pero con esa infantilidad cruel de los niños que ahogan un pájaro en sus juegos.

SOR CLARA.—(*La Superiora es mujer guapa, de cuarenta años, recuerda algo la imagen de Santa Teresa después de comer; carne blanca y abundante que el hábito comprime como una florescencia del pecado. Su mayor preocupación es apretarse el seno; en cambio, el vientre resulta enorme por el contraste con la planicie pectoral. Su rostro bondadoso revela una visión intelectual muy limitada.*) ¿Ha terminado usted, hermana?

SOR MERCEDES.—(*La Secretaria es una jovencita muy delgada, pecosa, de aspecto enfermizo, que tose frecuentemente.*) Aún no, sor Clara. Son cincuenta jacularias y estoy en la treinta y cinco. «Por aquellos que cometieron el pecado de la indiferencia...»

EL ADMINISTRADOR.—(*Un señor muy pulcro, correctamente afeitado, mejillas carminosas, dientes de ratón, la-*

bios estrechos. Usa traje de galán joven con chaleco blanco, americana y pantalones grises, sombrero de paja y quitasol blanco. Fuma con tenacillas, sin tragar el humo.) ¿Qué es eso, sor Clara, eso que escribe sor Mercedes?

SOR CLARA.—Es una novedad muy piadosa que me recomiendan los superiores. Figúrese usted, señor Administrador: ésta es una lista con cincuenta jaculatorias numeradas...; vea usted... Cada número corresponde al de una de estas fichas de lotería. Estas se colocan en una cajita...; vea usted la caja..., con dos compartimientos. La caja y la lista se fijan junto a una puerta que sea paso obligado de personas piadosas. Como quien toma agua bendita se extrae una bola de un compartimiento y se deposita en el otro. Su número corresponde a otro en la lista..., por ejemplo, el veintisiete...

SOR MERCEDES (*leyendo*).—«Por los que pecaron por distraerse en la oración...»

SOR CLARA.—Eso es. Se reza un Padrenuestro y un Ave María y eso lleva ganado un alma del Purgatorio.

ADMINISTRADOR.—Muy ingenioso. Es como una lotería... Se saca una bola..., se canta...

SOR CLARA.—Así la llaman: la lotería de Ánimas. La invención nos viene de Francia y muy recomendada. Parece que allí hace milagros.

ADMINISTRADOR (*sacando distraídamente una bola*).—¡Veintidós!

SOR MERCEDES (*riendo y sin poder contenerse*).—¡Los dos patitos!

SOR CLARA (*que nunca ha jugado a la lotería*).—¿De qué patos habla, sor?

SOR MERCEDES (*avergonzada y tosiendo*).—Perdone, madre, ha sido una broma de mal género.

ADMINISTRADOR.—No se apure usted, sor Mercedes.

SOR MERCEDES.—No sé cómo fue..., una tontería..., un recuerdo del mundo...

SOR CLARA.—Cálmese..., no sea tan nerviosa... Ya está usted tosiendo. ¡San Blas bendito!

SOR CECILIA.—(*Una indiferente seca y sin hojas; habla en la puerta.*) Señora Superiora...

- SOR CLARA.—¿Qué hay, hermana?
- SOR CECILIA.—El sacristán de San Marcos desea hablarle.
Trae mucha prisa.
- SOR CLARA.—Que pase..., que pase...
- SOR CECILIA.—Pase usted; por aquí.
- SACRISTÁN.—(*Muy ligero de piernas, vivo de ojos, gran movilidad de fisonomía, manos en agitación constante, barba fuerte, afeitada, que forma sombra azul en las mejillas; vestido negro, con chaleco que sube hasta el cuello.*) Buenos días, sor Clara; buenos, sor Mercedes...; buenos, don Dionisio...
- ADMINISTRADOR.—Respire, hombre, respire... viene ahogado.
- SACRISTÁN.—Es cosa de mucha prisa... Me envía el señor Cura...
- SOR CLARA.—Siéntese... hable despacio... ¿Qué quiere el señor Cura?
- SACRISTÁN.—Pues verá... Fuimos a administrar a una mujer que está dando las boqueadas, al extremo de arriba del callejón del Agua... y ya en la puerta, los vecinos, arrodillados, levántase una y grita al señor Cura (*grandes gestos y voz de falsete*): «¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! ¡Deténgase!»
- SOR CLARA.—¡Jesús, María y José!
- SACRISTÁN.—Pues nada... Que el señor Cura se detiene a tiempo de enterarse de que la... *interfeta* lleva mala vida... vida pecaminosa... (*Las hermanas no entienden.*) ¡Qué tiene un jembro!
- SOR CLARA.—¡Ave María purísima!
- SACRISTÁN.—Ustedes perdonen... Salió el señor Cura como alma que lleva el diablo... es decir... quiero decir... angustiado por el peligro de sacrilegio en que estuvimos *prósimos* a caer por *inorancia*... y aquí me envía para que ustedes envíen una camilla donde traigan la enferma para administrarla en el Santo Hospital. Es un caso de responsabilidad grave...
- SOR CLARA.—Cierto, ciertísimo. Sor Mercedes, ¿quiere usted avisar que preparen la camilla?
- ADMINISTRADOR (*con cierta timidez*).—¿Por qué no avisa usted antes al médico? Ya sabe que no le gusta que den entrada a los enfermos sin contar con él.
- SOR CLARA.—En otros casos podrá tenerse en cuenta esa

- formalidad; pero en éste no es posible. ¿Cuál no sería mi responsabilidad si esa mujer muriese en pecado mortal? ¿Y la de usted, señor don Dionisio?
- ADMINISTRADOR.—No; si yo no me opongo. Lo decía porque conozco a don Lorenzo y sé que no le gustan los casos desesperados. Le estropean la estadística.
- SOR CLARA.—La verdadera estadística es la de los salvados y condenados por la eternidad. ¿Qué espera, sor Mercedes? Vaya pronto. Y usted (*al Sacristán*), amigo Deogracias, haría obra de cristiano en acompañarles y guiarles.
- SACRISTÁN.—¡Pues no faltaba más! Para eso he venido... yo les llevaré y volveré con ella... Es un caso de *conciencia*. Buenos, sor Clara... buenos, señor... don Dionisio. (*Al salir tropieza con una mujer de aspecto miserable que se ha detenido en el umbral.*) Perdone, hermana. ¡Ah! ¿Es usted, Barbarita? ¿Y cómo está el Compañerito?
- BARBARITA.—Más *pa* la muerte que *pa* la vida. Aquí le tenemos ahora.
- SACRISTÁN.—Pues no sabía. Todo sea por Dios. Aliviarse, Barbarita..., que eso no sea nada... (*Y sale como entró.*)
(*Barbarita queda en la puerta. Es mujer de cuarenta años; pero los golpes de la vida la han llenado de cardenales; parece de sesenta, arrugada y flaca, muy morena, casi verdosa, el traje miserable, tan miserable que parece sucio; un viejo sobretodo cubre una cabeza gris; los zapatos están deshechos; no son de ella; han sido de un caballero que le hizo limosna; no lleva medias, y, sin embargo, en el rostro, en los ojos sobre todo, hay un tinte de resignación y de tristeza que ilumina su miseria.*)
- SOR CLARA.—¿Qué se ofrece, Barbarita?
- BARBARITA.—¿Me da permiso *pa* entrar?
- SOR CLARA.—¿Aquí o en la sala?
- BARBARITA.—En la sala, madrita; en la sala *pa* ver a mi pobre compañerito.
- SOR CLARA.—Siempre pide usted lo mismo. Mientras más se le concede, más pide...
- BARBARITA.—¿Y qué quiere que haga, madrita?

SOR CLARA.—Conformarse con la divina voluntad. Ya sabe usted que en la sala de hombres no pueden estar todo el día las mujeres.

BARBARITA.—Jesús, madrita, si yo soy una vieja. ¿Quién me mira?

SOR CLARA.—Ya sé que es usted una mujer de bien, honrada y compasiva con su pobre marido; por eso la he permitido la entrada con más frecuencia que a otras. Pero no se puede abusar. Además, el médico se enfada porque traen ustedes porquería.

BARBARITA.—Eso no. Yo vengo limpia...

SOR CLARA.—No hablo de limpieza del cuerpo. Que traen ustedes microbios...

BARBARITA (*que se figura que es algo de comer*).—Eso quisiera. Yo no traigo sino palabras. Mire el cesto vacío. Puede registrarme.

SOR CLARA.—Vaya, entre; pero no abuse...

BARBARITA.—Dios se lo pague, madrita...

SOR CLARA (*al Administrador*).—Es una buena mujer. El marido es un viejo con una enfermedad del corazón y ella los ratos en que no trabaja se los pasa junto a su cabecera, ahuyentándole las moscas y hablándole.

ADMINISTRADOR.—Sí, es una buena mujer, y tienen ocho hijos, y dos se murieron y otros dos se marcharon a Buenos Aires. ¡Pobres viejos!

SOR CLARA.—Yo quise colocarlos en las Hermanitas de los pobres; pero no quieren separarse. Lloraban como niños.

ADMINISTRADOR.—Es interesante. ¡Quererse tanto, y a la vejez!

SOR CLARA.—En cualquier edad esa exageración no me es simpática. Amor... a Dios.

ADMINISTRADOR.—Eso es lo primero. A Dios sobre todas las cosas.

SOR CECILIA.—¿Sor Clara?

SOR CLARA.—¿Qué dice, hermana?

SOR CECILIA.—Una señora que dice es recomendada por don Atanasio el Cura de Vega Honda, desea hablarla.

SOR CLARA.—Todo sea por Dios. Dígala que pase.

ADMINISTRADOR.—Si viene de Vega Honda malos caminos habrá atravesado. Más de ocho leguas por riscos y barrancos.

SOR CLARA.—Don Atanasio es un gran protector de la casa. Nunca deja de enviar la fruta que no puede venderse. Hace poco envió una carga de manzanas que no quisieron admitir en el mercado; pero sor Adelaida las guisó, y tuvieron las chicas postres para ocho días.

ADMINISTRADOR.—¿Recibió usted la leche y el pan que decomisaron en la plaza?

SOR CLARA.—Sí, señor, y también el pescado que decían averiado. Se lavó a chorro e hicimos albóndigas. Un regalo para convalecientes. Ese Regidor que tenemos ahora parece persona de escrúpulos. Eso nos ha permitido costear los trajes de los ángeles que figurarán en la función del Custodio.

(Entra doña Pepita La Redonda. Es una mujer de cincuenta años; pero el egotismo la ha conservado en hielo. Es bastante gruesa, blanca, viste de merino negro con pliegues talares y mantilla blanca que encuadra el rostro. Éste es redondeado, doble mentón, labios pálidos, nariz chata, ojos pequeños de párpado entornado, ceja escasa y frente baja. Parece una llanura caliza, inexpresiva y cruel como el disco lunar.)

LA REDONDA.—Ave María purísima. ¿Se puede hablar con la señora Superiora?

(La voz estira y silba las eses; ella cree que es una cualidad eclesiástica.)

SOR CLARA.—Pase usted, señora; pase usted.

ADMINISTRADOR.—Me voy. Adiós, sor Clara.

SOR CLARA.—Hasta mañana, señor Administrador.

LA REDONDA.—Perdóñenme sus señorías; pero ¿es el señor Administrador?

ADMINISTRADOR.—Servidor de usted, señora.

LA REDONDA.—Pues también para usía traigo carta del señor Alcalde.

SOR CLARA.—Siéntese usted.

ADMINISTRADOR.—A ver.

LA REDONDA (*sacando del cesto*).—Esto es un regalito de bollos de alma para las hermanitas. Una poquedad... una miseria.

SOR CLARA.—Muchas gracias, señora.

LA REDONDA.—Al señor Administrador le llevarán un cabrito.

ADMINISTRADOR.—Señora... ¿por qué?

LA REDONDA.—Por buena y pobre voluntad. Aquí tiene usía la carta del señor Alcalde, y para usted, madrita, la del señor Cura. Sírvanse leerlas.

(Sor Clara y el Administrador proceden a la lectura; de vez en cuando alzan los ojos y miran a la Redonda, que tiene todo el aspecto enigmático del disco lunar. Los párpados bajos, ocultando los ojillos, y la escasa prominencia de la nariz aumentan la sensación de planicie.)

ADMINISTRADOR.—Pues usted dirá, porque mi amigo don Matías se limita a recomendarme su persona y garantizar la honradez de su propósito. Gran elogio hace de usted.

SOR CLARA.—Como don Atanasio. Ya sé que es usted persona muy cristiana. Diga usted...

LA REDONDA.—El mío es un caso de conciencia que he consultado con quien podía aconsejarme antes de dar este paso. *(Con gran orgullo.)* Yo soy una mujer honrada a carta cabal y cristiana. Dios, sin saber por qué, alabada sea su santa voluntad, me ha castigado con un marido que me ha dado muchos disgustos, muchos, muchos. Porque yo me casé de treinta años con maestro Juan Perdomo, un buen zapatero, que trabajaba en casa de maestro Alejo, que usías recordarán. Y yo cumplía con todos mis deberes...; en una ocasión le soporté una borrachera del lunes de Carnaval y le hice café fuerte y le puse en las sienes rodajas de limón, y en fin... que íbamos pasando la vida, y hasta había conseguido que fuese a misa los domingos y demás días de precepto. No había zapatero más limpio en toda la ciudad: su camisa aplanchada, su chaleco de terciopelo, su cacho-

rra de tirolés, su ropa negra para Semana Santa y Finados... su petaca con tabaco habano, y en el bolsillo nunca le faltaba una peseta. Todos conocían a maestro Juan Perdomo. ¿No se acuerdan usías de él?

ADMINISTRADOR.—¿No era uno que le llamaban el Redondo?

LA REDONDA.—El mismo, señor Administrador. Le llamaban el Redondo porque a mí me llamaban de soltera la Redonda... Dicen que tenía buenas carnes, aunque eso sean pompas y vanidades humanas. Pues sucedió que un día se escapó para Tenerife y me dejó sola. Al pronto me quedé como quien ve visiones, porque no había motivo mayor de riña, como no fuera que yo le sujetaba un poco por su bien. Yo tenía algunos bienecillos en Vega Honda y ayudaba a la casa, planchaba y hacía dulces, que aprendí de esto en el convento de las Claras; era la economía con faldas, y además era bien parecida. ¿Qué más podía pretender aquel hombre? Al fin recibí una carta suya, firmada por otro porque él no sabía de letras, y en ella me decía... ¡admírense usías!, aquí está, la traigo como comprobante... (*Abriendo una cartera de chagrín negra y usada, de donde rebosan los papeles.*) Perdóneme, ésta es la cédula..., la partida de bautismo y la de casamiento..., el certificado de las velaciones...

ADMINISTRADOR.—¿No le parece a usted, señora, que podíamos prescindir de esos detalles?

LA REDONDA.—Todo tiene su importancia, señor. Y yo quisiera, si no es abusar, que usía conociese todos los antecedentes. Es caso de conciencia. Esta es la escritura de compra del Hoyo de Ortiz; esto no importa...

ADMINISTRADOR.—¿Ha comprado usted el Hoyo de Ortiz?

LA REDONDA.—Sí, señor; ¿conoce usía la finca?

ADMINISTRADOR.—De nombre y con elogio... Gran finca de almendros.

LA REDONDA.—La mejor pipa del mundo. Aquí está...

ADMINISTRADOR (*conquistado por la pipa*).—Veamos. Debe ser interesante.

LA REDONDA (*desdoblado un papel mugriento*).—«Mi estimado esposa.» Bueno... iremos a lo más importante;

esto... dice. *Fijense:* «Me figuro te habrás quedado fría cuando te dijeron mi marcha. Yo no me atreví a decírtelo porque me daba cortedad, y además porque sabía que no me dejarías marchar. Hacía mucho tiempo que lo pensaba: era como si me hiciesen cosquillas, y yo mismo no entendía por qué. Yo todavía no lo entiendo.» *Fijense:* «Tú siempre me trataste bien, mejor que lo que yo merezco; pero no podía hacerme a ti. No era porque no me dejaras beber los lunes, por más que lo echaba de menos, ni era porque me hicieras fumar tabaco habano en vez de virginio, que es más fuerte y de mi gusto... No sé por qué era; pero no estaba bien, sentía como frío y cortedad; muchas veces, antes de entrar me quedaba en la calle y me entraban ganas de echar a correr...» *Fijense:* «Y eso estaba muy mal, porque tú siempre me hiciste bien. Ahora trabajo de oficial en la zapatería de Costa, y me pagan mal. Si me vieras de sucio y roto, te daría asco, sobre todo el lunes, cuando echamos unas copas. Ya no me afeito. Ahora fumo virginio. Pero...» *Fijense:* «Aunque me da vergüenza decírtelo, estoy muy contento. Me prestaron una guitarra, que ya sabes lo que me gustaba tocarla, y tú me lo prohibiste. Si no te sirve de molestia mándame la mía, que la tiene Antofita Socorro. Te pide perdón y besa tus pies..., tu esposo, que te respeta y siempre te recordará, Juan Perdomo.» *Fijense:* «Post data: Me parece que el no congeniar contigo es porque te tengo mucho respeto, porque eres demasiado para mí. Como si fueras un sacerdote y yo un pecador. También me parecías un juez, y también me parecías un guardia municipal. En fin, que no sé.» *Fijense...* (*Silencio.*)

ADMINISTRADOR.—No parece ser muy mala persona.

SOR CLARA.—¡Pobre hombre...! Sin duda no supo resistir la tentación.

ADMINISTRADOR.—Y por lo visto, ¿no se ha arrepentido?

LA REDONDA.—Durante veinte años me ha hecho sufrir. Otra cualquiera se hubiera desesperado, hubiera reclamado en justicia, por su buen nombre, por su dignidad. Yo... nada.

ADMINISTRADOR.—Eso es muy noble.

SOR CLARA.—Dios se lo tendrá en cuenta.

LA REDONDA.—Así lo espero. Veinte años he permanecido viuda. Desde los treinta me abandonó. (*Con cierto orgullo.*) Tengo cincuenta.

ADMINISTRADOR.—No lo diría nadie, está usted fresca, ni canas ni arrugas.

LA REDONDA.—No será por falta de sufrimientos.

SOR CLARA.—Más padeció la divina Madre de Cristo.

LA REDONDA.—Así me lo decía mi segundo padre, don Antonio del Álamo.

SOR CLARA.—¿El señor Cura de Andux?

LA REDONDA.—El mismo santo varón. Con él viví para servirle hasta su muerte, y alguna confianza tuvo en mi poco mérito cuando me dejó en herencia el cortijo de Novaldes.

ADMINISTRADOR.—Muy señora mía: ¡Una gran finca! Los quesos de Novaldes no tienen rival.

LA REDONDA.—Ya los probará el señor administrador. Además, esa finca pienso quede a mi muerte a este santo hospital.

SOR CLARA.—¡Oh, señora; el cielo será su recompensa! Buena necesidad tenemos de almas generosas.

ADMINISTRADOR.—Admirable. Ese rasgo la pinta a usted. Siga usted, me interesa extraordinariamente su historia.

LA REDONDA.—Pues verán ustedes. Yo nunca he olvidado que existe en la tierra un ser al que me unió con lazo indisoluble nuestra Santa Madre la Iglesia, y he hecho muchas tentativas para hacerle volver al camino de la virtud y del honor. Todo ha sido inútil.

ADMINISTRADOR.—¡Canalla!

SOR CLARA.—¡Veinte años en pecado mortal!

LA REDONDA.—Mortal, usted lo dijo, madrita, hace vida... nefanda con otra mujer.

SOR CLARA.—¡Jesús!

ADMINISTRADOR.—¡Pobre señora!

LA REDONDA.—Y han tenido hijos..., muchos hijos..., seis u ocho... no sé..., varones, hembras...

ADMINISTRADOR.—Hijos del pecado.

SOR CLARA.—Esa es la vida del siglo..., ésa..., el pecado...

LA REDONDA.—Por fin he sabido que ella y él han venido a Canaria a buscarse la vida, pues la miseria les comía. Él, que tiene cinco años menos que yo, dicen que parece un viejo. Y aquí está mi decisión: he hecho el viaje para redimirlo, para llevármelo a Vega Honda, para sentarlo por el día en un sillón al sol y acostarlo en una cama sahumada por la noche, para asearle como Santa Isabel de Hungría a los leprosos, para darle de comer y levantar su alma a los cielos, y así prepararlo para la vida eterna.

ADMINISTRADOR.—¡Admirable! ¡Eso es digno de escribirse en los periódicos!

SOR CLARA.—Es usted una mujer cristiana. Es un alto ejemplo en estos tiempos, en que la calumnia nos persigue. Gran consuelo es para mí.

LA REDONDA.—Me complace la aprobación de usías, y no esperaba otra cosa. No elogien lo que es cumplimiento de un deber de conciencia. Es mi marido; me lo confió nuestra Santa Madre la Iglesia por medio de un sacramento, y es mi obligación salvar su alma. A eso vengo.

ADMINISTRADOR.—Permitame usted que le dé la mano. Soy su servidor y su admirador.

LA REDONDA.—Me avergüenza usía. Soy una pobre mujer sin educación.

ADMINISTRADOR (*protestando virilmente*).—¡Ca, ca! Ya la quisieran las damas encopetadas.

LA REDONDA.—Por Dios, señor don Dionisio.

SOR CLARA.—Tomará usted un ligero refrigerio, un bizcochito con vino..., un vaso de leche..., un caldo...

LA REDONDA.—Si la señora superiora me lo permite, preferiría una taza de caldo del que toman los enfermos...

ADMINISTRADOR.—¡Qué santa humildad!... ¡Esa, esa es la verdadera mujer del Evangelio!

SOR CLARA (*llamando en la puerta*).—¡Sor Mercedes...! Venga. Diga usted que preparen una taza de caldo... y un poco de vino generoso con un bizcocho...

LA REDONDA.—Eso es demasiado...

SOR CLARA.—Los tenemos frescos. (*Bajo a Sor Mercedes.*)

Que le pongan al caldo una yema de huevo... Vaya usted, hermana.

LA REDONDA.—Y ahora concluyo por donde debía haber empezado. Puesto que aprueban mi determinación, me ayudarán a cumplirla.

ADMINISTRADOR.—Conmigo cuente usted para todo.

SOR CLARA.—Diga usted, hermana..., ¡ah! perdone..., quise decir señora.

LA REDONDA.—¡Oh! si eso fuese posible. ¡Ese ha sido mi sueño! ¡Hermana de usía! Pero soy casada..., vieja..., ¡oh! Si alguna vez enviudo (Dios le conserve la vida), viviré con ustedes, si me lo permiten; haré vida de religiosa y mi pequeña fortuna será de esta santa Hermandad.

ADMINISTRADOR.—Ya la administraremos bien... ¡Quién sabe!

SOR CLARA.—Respetemos los altos juicios de Dios.

LA REDONDA.—Eso es. Él sabe lo que nos conviene. Pues, como iba diciendo a usía, mi marido está aquí.

ADMINISTRADOR.—Sí. Ya lo dijo usted. Vino a Las Palmas con esa mala hembra.

LA REDONDA.—No; digo que está aquí.

ADMINISTRADOR.—¿Aquí?

SOR CLARA.—¿En el hospital?

(Gesto afirmativo de la Redonda y estupor en los otros. Don Dionisio queda con la boca abierta y el índice señalando al pavimento. Con su rostro barnizado parece una escultura valenciana de un San Juan en éxtasis meloso.)

SOR CLARA —Pero ¿está usted segura? *(La luna afirma con su silencio plácido.)* ¿En la enfermería? *(Y de nuevo, más que el gesto, la inmovilidad del rostro afirma.)* Pero, ¿cómo se llama?

LA REDONDA.—Juan Perdomo, más conocido por el Redondo, ya tuve el honor de decirlo.

ADMINISTRADOR.—Me he quedado extático.

SOR CLARA.—¡Juan Perdomo! ¡El Redondo! ¡Sor Cecilia! *(Entra sor Mercedes con el caldo.)* ¿Quiere usted llamar a sor Cecilia? Déme usted... No le conozco..., es claro, nosotras no preguntamos los nombres..., son hermanos enfermos, y eso basta.

ADMINISTRADOR.—Tome usted el caldo, señora. Debe usted estar muy emocionada.

LA REDONDA.—Muchas gracias. Estoy tranquila. Mi vida me ha dado resistencia para soportar los dolores.

SOR CLARA.—Diga usted, sor Cecilia; ¿conoce a Juan Perdomo? ¿Un enfermo que debe estar en la sala de Santo Tomás o en la de San Roque... no sé...?

SOR CECILIA.—¿Juan Perdomo? Si quiere la señora superiora me enteraré... Juan se llamaba el tísico que murió el martes.

LA REDONDA.—¿Murió? ¿Dice usted que murió, hermanita?

SOR CLARA.—Sí; pero no recuerdo si era Perdomo... Un chico como de veinte años.

LA REDONDA.—No, no es ese. *(Sigue tomando a sorbos el caldo.)*

SOR CLARA.—Vaya usted, hermana, y pregunte. *(Sale sor Cecilia.)*

ADMINISTRADOR.—Debió usted sufrir un choque muy fuerte cuando la hermana dijo que había muerto.

LA REDONDA.—Sí, señor; fue como un vuelco... Morir sin arrepentimiento, sin mi perdón...; no por lo que valga mi perdón, sino porque es necesario para obtener el de Dios.

SOR CLARA.—¡Qué cosas! ¡Qué complicaciones en la vida por los mismos hombres creadas!

LA REDONDA *(devolviendo la taza)*.—Riquísimo. Tiene un sabor muy agradable a huevo.

ADMINISTRADOR *(inocentemente)*.—Como que es de gallina. Fijese.

SOR CECILIA.—¿Sor Clara?

SOR CLARA.—¿Le encontró usted? ¿Quién es?

SOR CECILIA.—Es el enfermo del número uno de San Roque.

SOR CLARA *(recordando)*.—El número uno.

ADMINISTRADOR *(recordando)*.—¿El uno...?

SOR CECILIA.—Un viejo que padece del corazón... Ese que llaman Compañerito.

SOR CLARA.—¿Cómo? ¿Qué me dice?

ADMINISTRADOR *(saltando)*.—¿Compañerito?

SOR CLARA.—Ese..., ese viejecito..., el marido de... Barbarita, de esa..., digo, no es el marido... ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús divino!

ADMINISTRADOR.—¿Está segura, sor Cecilia?

SOR CECILIA.—Segura.

SOR CLARA.—¡No es posible! Usted se equivoca. Si son los viejecitos más buenos que he conocido... Si se quieren Es la pareja de que hablaba a usted hace poco.

ADMINISTRADOR.—Sí; los que no quisieron ir al Asilo por no separarse.

SOR CLARA.—¡Tienen ocho hijos!

LA REDONDA.—Me parece que es mi esposo.

SOR CLARA.—Sor Mercedes, busque usted el libro de entradas..., pronto... ¡Pero, Señor..., de quién puede fiarse un alma cristianal Si éstos me han engañado, digan ustedes que es para desesperar de todo. Vamos, que no lo creo... ¿Ha encontrado usted, sor Mercedes?

SOR MERCEDES.—Juan Perdomo Arencibia, cuarenta y dos años, *casado*.

SOR CLARA.—¿Ven ustedes?

ADMINISTRADOR.—Sí; pero puede ser casado con otra.

SOR CLARA.—Siga..., siga.

SOR MERCEDES.—Con Bárbara Umpiérrez García, de Santa Cruz de Tenerife...

LA REDONDA.—La misma que viste y calza.

ADMINISTRADOR (*queriendo hacer un chiste que él solo aprecia*).—Pues viste y calza muy mal.

SOR MERCEDES (*muy bajo golpeándose los nudillos*).—De buena ley... (*Por fortuna no la oyen*.)

SOR CLARA.—(*Su semblante ha cambiado de expresión repentinamente; una rigidez cruel fija y pronuncia arrugas no sospechadas en su rostro regordete y plácido. Da la impresión de un campo de trigo después de haber pasado una nube de cigarras.*) ¡Sor Cecilia, traiga usted a Barbarita aquí!

(Hay un silencio trágico. Se oye un choque cristalino de cuentas de rosario y medallas estremecidas por la cólera, la cólera terrible de los justos ante el pecador. La Redonda, con el disco de la luna, ilumina fría y cruel el campo devastado por las cigarras.)

(Don Lorenzo Pasamontes, el médico del Hospital, entra enfundado en su levita, con la chistera

en la nuca, encorvado atrás el corto espinazo, llevando delante el vientre voluminoso como un bombo, lo cual le da la apariencia orgullosa de un músico militar en día de revista. Rostro enrojecido, patillas ralas, párpados inclinados y colgantes.)

DOCTOR.—¿Me dirán ustedes adónde llevan la camilla con tanta prisa?

ADMINISTRADOR.—Doctor, se trata de una gran necesidad..., muy grande..., una mujer moribunda...

DOCTOR.—¡Eso es! Me lo figuraba. Un muerto más. ¡Buena fama va adquiriendo la casa! ¡Y todo esto sin contar con el médico! ¡Yo no soy nadie aquí!

ADMINISTRADOR.—Pero, déjeme usted explicarle...

DOCTOR.—¿Para qué, señor administrador? Cualquier día voy a encargarme que envíen doce camas nuevas, que buena falta hacen, para ver lo que usted dice.

SOR CLARA.—Perdone usted, don Lorenzo, es cosa mía. Se trata de una mujer en pecado mortal..., una mujer que vive de mala manera..., con un hombre que no es su marido. ¡Parece que esto es cosa corriente!

DOCTOR (*más suave*).—¿Qué le pasa a usted, sor Clara?

SOR CLARA.—Nada, que parece que hoy el diablo hace de las suyas. ¿Sabe usted lo que ocurre? Que ese hombre, ese que llaman ustedes Compañerito...

DOCTOR.—¿Se ha muerto?

SOR CLARA.—Peor. Digo..., no... peor no. Que resulta que no es casado con Barbarita.

DOCTOR.—No me extraña.

SOR CLARA.—¿Lo sabía usted?

DOCTOR.—No. Pero ahora me explico por qué se quieren tanto.

SOR CLARA.—No diga usted tonterías. Hoy no estamos para bromas. ¡Y yo tan inocente que le he permitido la entrada fuera de los días de visita!

DOCTOR.—Eso le está a usted bien empleado. Si se ajustaran a mis mandatos no pasaría eso. La familia, en la calle; el enfermo, aquí, solo. Régimen hospitalario. Es el que da mejor estadística.

SOR CECILIA.—Aquí está Barbarita. (*¡Oh! ¡Qué contraste entre Barbarita, vieja, encorvada por su inferioridad,*

un guiñapo lamentable, y la Redonda, brillando en la altura como el fondo de una cacerola pulimentada!

SOR CLARA.—Venga usted acá. Ahí, en el centro. Míreme de frente.

BARBARITA.—Ya la miro, madrita. ¿Por qué me habla así? Yo no he hecho *na* malo. No traje comida *pa* mi compañerito. ¡Se lo juro por el divino Dios!

SOR CLARA.—Calle usted, engendro de maldades... no mienta, no condene más su alma...

BARBARITA.—¡Ay, madrita... yo se lo confieso *too...*, *totto!* Es cierto le traigo *toos* los días una copita de ron... una copita *na má*.

SOR CLARA.—¿Qué me importa eso?

BARBARITA.—Pues no ha habido *má*. Si otra cosa le dijeron la engañaron. Gente que quiere perjudicarme. El otro día el número dos, porque quería beber de lo que yo traía a mi compañerito...

SOR CLARA.—No emplee más esa palabra... por algo me sonaba mal.

BARBARITA.—¿Pues cómo quiere que le diga?

SOR CLARA.—Atienda y avergüéncese. ¿Conoce usted a esta señora? (*Es La Redonda.*)

BARBARITA.—En jamás de los jamases la *vide*. Nunca pude hacerle mal *nenguno...*

SOR CLARA.—¿Está usted segura?

BARBARITA.—Como de mi salvación.

SOR CLARA.—Dice usted bien. Esta señora es la esposa legítima de Juan Perdomo.

DOCTOR.—¡Holal! ¡Un drama!

(Barbarita la mira con curiosidad; ningún otro sentimiento revelan su boca abierta y sus ojillos tiernos.)

BARBARITA.—¿Que... que esta señora es.. como quien dice la mujer de mi Compañerito?

LA REDONDA.—La misma, hija mía.

BARBARITA.—Y parece buena señora.

SOR CLARA.—¿Y se queda usted tan fresca?

BARBARITA.—¿Pues qué quiere que le diga, madrita?

SOR CLARA.—¿Pero no le da a usted vergüenza?

BARBARITA.—¿Vergüenza? ¿De qué?

SOR CLARA.—No tiene idea de nada. Es una mujer perdida.

BARBARITA (*revolviéndose*).—Yo no soy una mujer perdida, madrita, y *naide* podrá decirlo. Que llamen a *too* el mundo *pa* que se vea y se sepa que yo no he *conocío* otro hombre que el mío, el mío, mi compañerito.

ADMINISTRADOR.—¡Qué educación!

BARBARITA.—Eso es verdad, don Dionisio, y yo no *ocurto* la verdad. Yo no tengo educación, yo soy una *ino-rante*; ¿pero honrada? ¡A carta cabal! ¡Por éstas! (*Y besa las cruces digitales con ansia que hace pensar en cómo besaría la boca de Compañerito.*)

LA REDONDA.—No jure, criatura, que eso es pecado.

SOR CLARA.—Pues ya sabe usted, Barbarita: ese hombre no es de usted.

BARBARITA.—¿Que no es mío? ¿Pues no ha vivido en mi compañía veinte años? ¿Pues y los hijos que tenemos?

SOR CLARA.—¿Y se atreve usted a hablar de sus hijos?

BARBARITA.—¿Que si me atrevo? ¿Pues de quién son sino de él? Ocho hijos, madrita, ocho.

ADMINISTRADOR.—¡Esto da asco!

DOCTOR.—¿Por qué será tan fecundo el pecado?

SOR CLARA.—¿Pero usted no entiende que esta señora es su esposa?

BARBARITA.—No le digo que no; pero yo soy su mujer.

SOR CLARA.—¡Es una pagana!

BARBARITA.—¡Y *pa* qué lo quiere ella! Si nunca le ha hecho *farta* ¿*pa* qué lo viene a buscar ahora cuando está muriéndose? Esa señora no puede ser buena, madrita; no lo es, no lo es cuando quiere hacernos ese mal. ¡Mire usted que separarnos ahora, cuando somos viejos, cuando nos *farta* tan poco *pa* morirnos! No, no puede ser eso... (*Rompe a llorar.*)

SOR CLARA.—Se concluyó. Siéntese allí..., allí quieta en un rincón. Sor Cecilia, hágame usted el favor de conducir aquí a Juan Perdomo. (*Barbarita sigue llorando en un rincón; con el sobretodo negro y roto se enjuga las lágrimas y se suena fragorosamente.*) Calle usted, desgraciada; aplique usted este dolor a su purificación.

BARBARITA.—Si no puedo...; si es más fuerte que *too* lo que he *pasao* ..

SOR CLARA.—Mejor; más mérito.

BARBARITA.—¡Si a mí se me murió un hijo y no me dolió tanto! ¡Si yo he pasado hambre y trabajos y me han *pegao* y *naa... naa* como este dolor!

SOR CLARA.—Si no calla usted la echo a la calle.

BARBARITA.—Ya me callo... tenga lástima... usted, madrita, que es un ángel... tenga *pieddá*. ., soy... soy un animal.

SOR CLARA (*a la Redonda*).—Perdone usted, señora, este escándalo tan desagradable.

LA REDONDA.—¡Cuánto he sentido la molestia!

(Se produce un silencio. El médico muerde el puño del bastón; el administrador se limpia las uñas; de pronto, sor Mercedes se aplasta sobre su pupitre llorando desesperadamente. Un profundo estupor se pinta en todos los semblantes; hasta Barbarita se calla.)

SOR CLARA.—¿Qué le pasa, sor Mercedes? ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto mala?

DOCTOR.—Vaya, vaya; eso no será nada.

SOR MERCEDES.—Perdónenme... déjenme... esto pasará.

DOCTOR.—Una crisis nerviosa. ., niñas que no están acostumbradas a la miseria de la vida. Ustedes se han empeñado a educarlas conversando con los Santos. Vaya, a tranquilizarse.

SOR CLARA.—Venga usted... Salga a tomar aire...

SOR MERCEDES.—No, madre, no... Ya pasó..., ya pasó.

SOR CLARA (*a Barbarita*).—¿Lo ve usted...? Usted tiene la culpa... El espectáculo de su maldad, de su insistencia en el pecado, ha impresionado a la hermana.

SOR MERCEDES.—No, sor Clara..., no..., por Dios, no la aflija más...

BARBARITA (*rompiendo de nuevo el llanto*).—¡Yo tengo la culpa...! ¡Yo soy muy mala!

SOR MERCEDES.—Que no..., que no es eso..., no llore.

BARBARITA (*interrumpiendo*).—¡Que sí..., yo soy la culpable..., la mala!

(Una a otra se interrumpen inconsolables.)

SOR CLARA.—Basta..., basta..., así me gusta..., arrepen-

tida..., sintiendo dolor..., dolor profundo de haber ofendido a Dios. Eso es bueno.

SOR CECILIA (*con Compañerito en la puerta*).—Aquí está Juan Perdomo, sor Clara.

(Compañerito es una ruina. Parece un viejo de setenta años, encorvado, con el cabello escaso, barba hirsuta, mal crecida, blanca a trechos. Párpados hinchados, ojillos casi ciegos; un temblor irremediable agita sus manos; arrastra los pies, y las rodillas están fijas en semiflexión. El traje es el de un espantapájaros: cachorra deforme de alas caídas, como un ave negra muerta; chaqueta donde caben dos cuerpos..., como que perteneció al Doctor..., sin chaleco..., camisa entreabierta, donde, entre la lana gris del pecho, se observan granos de picadura de tabaco. ., pantalón de dril azul, con grandes remiendos..., pies calzados con alpargatas de desecho. Fuma una pipa de barro blanca)

SOR CLARA.—Entre usted, buen hombre.

BARBARITA (*en un rincón, sin poderse contener*).—¡Ay, Compañerito mío!

(Compañerito queda en el centro sin preocuparse de nadie; probablemente no ve a nadie; sólo tiene un gesto humilde de servidumbre, se quita el sombrero y lo mantiene contra el pecho, entre las dos manos temblorosas. El temblor se comunica al sombrero y le da la apariencia de un ave estremecida por la agonía de la estrangulación.)

ADMINISTRADOR.—Está bueno el Tenorio. (*En voz baja.*)

DOCTOR.—¡Hola, Compañerito!

COMPAÑERITO (*muy bajo*).—Buenos días tenga su merced.

SOR CLARA.—Señor Perdomo... Está usted de enhorabuena... Dios se ha apiadado de usted... de usted, que no lo merece.

BARBARITA (*oficiosamente a sor Clara*).—Háblele alto, maldrita, está algo impedido.

SOR CLARA (*elevando la voz*).—Digo que Dios se ha apiadado de usted y le envía, para remediar su miseria, un ángel de bondad. ¿Me entiende?

COMPAÑERITO (*en voz baja*).—Sí, madrita.

SOR CLARA.—De hoy en adelante tendrá usted comida sana y abundante, un traje decente, ropa interior limpia, cama blanda y manos honradas que le revuelvan en las miserias de su enfermedad. ¿Me entiende?

COMPAÑERITO (*después de un silencio*).—¡Yo no quiero ir al Asilo!

SOR CLARA.—No irá al Asilo. Irá usted a su casa. Vamos, atienda: Mire usted a esta señora. ¿La conoce? ¿No la recuerda?

(Compañerito queda perplejo ante la Redonda, la mira como miraría a la luna —sus manos tiemblan—, diríase que tañen arrebatadamente una guitarra invisible. Hay que ver los grandes ojos de sor Mercedes clavados en el grupo; su alma romántica aletea en las pestañas que se agitan como las manos del viejo.)

LA REDONDA (*levantándose, con tono de justo. Un observador sagaz entendería que trae aprendidas las frases*). —Soy yo, Juan Perdomo.

COMPAÑERITO.—¿Y quién es su merced?

LA REDONDA.—Soy Pepita Rodríguez, la Redonda, tu esposa legítima. (*Compañerito tiembla... sus manos estrangulan ferozmente el sombrero.*) Después de veinte años nos volvemos a ver, y nadie al mirarnos podrá dudar de la justicia de Nuestro Señor. En mí todo ha prosperado, porque he sido fiel a la Ley de Dios; en ti todo es miseria y enfermedad, porque la olvidaste.

ADMINISTRADOR (*inocentemente*).—Muy bien. (*Al médico.*)

LA REDONDA.—No quiere Dios la muerte del pecador, sino su arrepentimiento; y yo, siguiendo su mandato, vengo a ofrecerte mi perdón, mi modesta fortuna, las comodidades de mi casa, mis servicios de esposa obediente para que Dios me dé su perdón y un puesto en la Gloria.

ADMINISTRADOR.—¡Pero muy bien! (*Al médico.*)

DOCTOR.—Cállese, que esto es muy curioso. Déjeme oír.

(Compañerito ha entendido a medias; lo que le ha llegado adentro es que está en poder de la Re-

donda y esto le inspira un temor de gato acorralado que busca por dónde escapar.)

COMPAÑERITO.—¡Barbarita...! ¡Barbarita...! ¡Barbarita...!

BARBARITA.—¡Compañerito mío!

SOR CLARA.—¿Todavía tiene usted en los labios ese nombre del pecado? ¡Compañerito! ¡Compañerito! No hay otro compañero que el esposo, el que nos dio nuestra Santa Madre Iglesia, no solamente para... *(y queda detenida sin encontrar la palabra suave que exprese el hecho natural; es la vacilación del que busca unas gafas negras para mirar el sol y concluye por cerrar los ojos.)*

DOCTOR *(apuntando socarronamente)*.—Para la fornicación... *(Al Administrador.)*

SOR CLARA.—...para tener hijos, sino para alabar a Dios.

BARBARITA *(creyendo que ha ganado la batalla con las armas del enemigo)*.—¡Eso... eso mismo, madrita; yo he tenido los hijos! ¡Ella no ha tenido ninguno!

SOR CLARA *(la cólera de los justos se le sube a la cabeza. Su rostro resulta amoratado y las palabras se atropellan)*.—Ahora... ahora mismo... sin más dilaciones, sale usted de esta santa casa, que mancha con su presencia...

BARBARITA.—¡Madrita! ¡Madrita!

SOR CLARA.—Ni una palabra. ¡A la calle! Pronto, o llamo al portero.

BARBARITA.—Yo me estoy callada... yo no vuelvo a hablar...

SOR CLARA.—Ya he dicho que salga. Sor Mercedes, abra usted esa puerta... por ahí sale usted directamente. Ni una palabra o llamo un guardia.

BARBARITA *(al nombre del guardia, de la autoridad visible para los pobres, la mujer se atemoriza. Ya una vez la llevaron a la prevención por riña con otra mujer en la fuente)*.—No..., no es preciso..., ya me voy... ¡Ay mi Compañerito, y cómo nos separan!

COMPAÑERITO *(sollozando, sentado y agitando las manos)*.—¡Barbarita!

DOCTOR *(llevándose a Barbarita)*.—Vaya, salga usted... ya veremos, ya veremos lo que puede hacerse.

BARBARITA.—¡Adiós, Compañerito! ¡Quién lo había de de-

- cir! ¡Qué les diré a los pobres hijitos cuando me pregunten por ti!
- SOR CLARA.—Esos niños estarían mejor en el Hospicio
- BARBARITA (*con candor admirable, sin ira ni rencor*).—
¡Cómo se conoce que su merced no ha parío!
- LA REDONDA.—¡Jesús, María y José!
- SOR CLARA.—¡Puerca! (*No halla otra palabra; el resto se completa con gesto que señala la puerta.*)
- SOR MERCEDES (*bajo*).—Váyase..., váyase... (*El médico la empuja, y sor Mercedes cierra. Silencio. Fuera, en la calle, se oyen los sollozos de Barbarita.*)
- SOR CLARA (*que ha rezado*).—¡Dios me perdone! Esa mujer me ha hecho caer en el pecado de la cólera.
- LA REDONDA.—¡Cuánto siento todo esto que ha pasado! No es culpa mía; si lo hubiera sabido...
- SOR CLARA.—Por Dios, no diga eso. ¿Qué culpa tiene usted? Vaya, ya estamos tranquilos. Alégrese, señor Juan Perdomo; su mujer se lo lleva para el campo... ¿Entiende?
- COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer. (*Bajo y temblando.*)
- SOR CLARA.—Sí, señor; con su mujer, con su mujer verdadera, a quien usted ha hecho sufrir tanto, y que le perdona.
- COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer.
- LA REDONDA.—Tendrás cama sahumada y una huerta para tomar el sol y un traje nuevo, y te lavarás todos los días, y rezaremos el rosario por las noches e iremos a misa los domingos y fiestas de precepto, y te confesarás con don Atanasio..., ya verás...; pero es necesario que seas bueno, que no fumes virginio, que no bebas ron... eso es... ¿Estás contento?
- COMPAÑERITO.—Yo quiero irme con mi mujer.
- SOR CLARA.—Tiene medio perdido el juicio. Ya le pasará con el aire del campo, la limpieza y la buena comida.
- LA REDONDA.—Y si no, los trabajos serán para mí.
- SOR CLARA.—¿Y cuándo piensa usted marchar?
- LA REDONDA.—Mañana; ahora quisiera salir y hacer algunas compras para vestirle decentemente. ¿Ustedes podrán guardarle aquí hasta después?
- SOR CLARA.—¿Quién lo duda? Aquí, aquí seguirá para

evitar el contacto con los otros enfermos. Sor Cecilia guardará la puerta. Él se quedará dormido. Pero ¿qué pasa? (*Un gran ruido se oye en el interior del edificio; gentes apresuradas que corren, voces confusas, algún gemido. El doctor y el administrador salen a enterarse.*)

SOR MERCEDES (*levantándose con agitación extrema; parece enloquecida; el alma, dos almas ensanchan las pupilas*).—¡Sor Clara! ¡Sor Clara! ¡Es ella! ¡Ella!

SOR CLARA.—¿Qué dice? ¿Por qué se agita de esa manera?

SOR MERCEDES.—¡Es ella! ¡Ella!

SOR CLARA.—¿Pero quién es ella?

SOR MERCEDES.—Esa pobre mujer... la mujer de Compañerito..., esa... Barbarita... ¡se ha matado!

SOR CLARA.—¿Pero quién le ha dicho eso? ¿Está loca?

SOR MERCEDES.—No. Me lo dice el corazón. La traen... la traen... en la camilla. La he visto pasar.

SOR CLARA.—¡No es posible! Otro pecado. A ver... ¡Sor Cecilia...!

DOCTOR (*en la puerta*).—¿Saben ustedes lo que han hecho? ¡Me alegro! Allí traen la camilla, y en vez de la moribunda que iban a buscar sin permiso mío... viene dentro el sacristán... Deogracias... con una pierna rota... que se la rompió el *jembro* de la tal cuando quiso sacarla de su casa. (*Sor Mercedes cae en la silla llorando y riendo*).

SOR CLARA.—Hoy es día malo para las personas honradas. ¡Pobre Deogracias! (*Acercándose a sor Mercedes y bajo*.) Ya hablaremos despacio. (*Alto*). Vamos a consolar a esa pobre criatura. (*Sale con la Redonda*.)

DOCTOR.—Yo soy el que ha salido ganando. Un buen caso para mi estadística.

(*Sor Mercedes queda en su pupitre*.)

COMPAÑERITO (*En voz baja y sollozante, como la de un niño mimoso*).—¡Barbarita...! ¡Barbarita...! ¡Barbarita...! (*Y así sigue*.)

SOR MERCEDES (*se levanta. Va a la puerta de cristales que conduce a la calle y mira fuera. Después va de prisa a Compañerito y le dice acercándose al oído*).—¡Barbarita está en la calle! Le espera. ¡Váyase..., váyase! (*Compañerito se levanta temblando; ella le*

pone el sombrero, le abre la puerta, lo echa fuera y cierra. Después se asoma a los cristales, se sonríe, hace un gesto de adiós con la mano y murmura): ¡Cómo vuelan! (Vuelve al pupitre, se sienta. Mira el crucifijo, lo toma y lo besa en el rostro, diciendo con voz sonora, alegre, que casi se confunde con el beso): ¡Compañerito!

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS